

RECUERDOS DE MI VIDA TANDILENSE

Cuando se trató de que hablara yo aquí, les propuse a mi amigo Ruiz Daudet y al Sr. Salceda que hiciéramos algo semejante a lo que hacemos en Buenos Aires, en la Sociedad Argentina de Escritores. Se trata de actos que llamamos informales para quitarles toda solemnidad, y que consisten en la lectura de un trabajo, hecha por su autor, y en un posterior debate en que la obra leída se somete al comentario y a la discusión del público. La idea fue aceptada y eso es lo que vamos a hacer en esta reunión.

Sin embargo, antes de leer el cuento que les haré oír, deseo decirles algunas palabras que me ubiquen ante el público, en relación con lo que a esta ciudad le debo. Se trata de algo así como recuerdos de mi vida tandilense, para los que pido la benevolencia de ustedes, en gracia a la intención amistosa que me induce a evocarlos.

En esta Biblioteca, entonces recién fundada, entraba hace unos 48 años un jovencito de alrededor de 15. Era un muchacho un tanto campesino, que trabajaba a la vuelta, en la cigarrería y librería de don Pascual Mazzini. En su aire inseguro se veía cuánto le costaba vencer su natural timidez. Ese adolescente que acudía aquí, ávido de conocimiento, se llamaba Héctor I. Eandi.

Por lo dicho comprenderán ustedes qué significación tan entrañable tiene y qué emocionante es para mí el hecho de dirigirles hoy la palabra desde este honroso sitio.

Hablar de mí mismo es cosa que nunca me ha gustado hacer; pero esta vez lo encuentro inevitable, Creo que es la mejor manera de llegar amistosamente hasta ustedes; de entablar un diálogo en el que la parte de ustedes, no por silenciosa, dejará de tener una gran importancia, En efecto, qué significaría lo que yo pueda decir si no estuvieran ustedes a mi alrededor con el atento silencio amigo, tan alentador como una cálida palabra?

He empleado varias veces palabras que dicen amistad, y es porque si de algún título me valgo para justificar mi presencia en este acto, es el de amigo. Soy, en efecto, un amigo de siempre, largamente ausente en persona pero no en espíritu, que hoy vuelve junto a ustedes jubilosamente. Sé, por muchas cordiales referencias, que estoy entre amigos; y eso me colma de un gran placer.

Bien, tal vea me he dejado llevar un poco por el sentimiento y esto, que no debe ser sino una charla entre camaradas, ha comenzado con un tono un poco solemne. Perdónenme ustedes. Trataré de ser más ameno, aunque desgraciadamente sin dejar de hablar en primera persona.

Soy lo que yo llamaría un súbdito o un vasallo de Tandil. En efecto, he nacido en un pueblo que le pertenece, que le está subordinado. Un pueblo que olvidó su nombre, su eufónico, romántico nombre de María Ignacia, para designarse con el de la estación del ferrocarril: Vela. Pero los viejos conocemos el verdadero origen de nuestra prosapia, aquella antecendencia romántica. Sabemos que no somos veleros ni velenses. Somos.... Quién nos dirá el gentilicio, seguramente muy donoso, derivado de María Ignacia? Esperemos al poeta capaz de crearlo.

Yo vivía allá en el borde de un borde; es decir, en las orillas de un pueblo todo orillas. Si iba hacia la derecha, marchaba rumbo al centro, que era orilla tres cuadras más allá; si caminaba hacia la izquierda, mis primeros pasos ya me introducían en el campo, que me espera solícito a las puertas de nuestra casa. Hacia un lado, allá lejos, se divisaba Sierra Alta; hacia el opuesto se tendía ese campo nuestro llano, despojado, vacío, ávido de contener toda la belleza que nuestro amor a la tierra es capaz de ver en él. Y por allí soplaba el viento, señor de las distancias, y la soledad no encontraba límites a su avidez de totalidad.

De allá vine, hacia 1909, buscando el posible modo de labrarme un porvenir. Pero con qué magro bagaje, ay de mí! Catorce años, la escuela primaria y un alma ya turbada por inquietas ensoñaciones. Así vine a dar... a qué? A aprendiz de dependiente de un almacén. Adiós al campo, mi potrillo alazán; adiós a mis lagunas sobrevoladas de patos y orladas de flamencos; adiós mis arroyos rielados de nutrias elusivas, mis montes rumorosos; adiós mi libertad! Pero mi madre me había dicho una noche, junto a mi cama, con el tono que sólo las madres conocen: -Hijo, es necesario que te decidas a hacer algo, Lotito te consigue un empleo en Tandil. Lo aceptás? Y yo había aceptado el compromiso y lo estaba cumpliendo.

Trabajar en el almacén, barrer, limpiar, hacer mandados, dormir en la trastienda era lo corriente; no tenía nada de particularmente desagradable, y menos para quien, como yo, había trabajado desde niño. Había, por otra parte, el placer de llevar y traer las vacas lecheras, los caballos de la jardinera, algo que me recordaba mi vida semicampesina. Todo eso estaba bien. Pero había lo otro: la falta de calor humano. Salir de su casa a los 14 años, a "ganarse la vida", y no encontrar afectos, cordialidades que reemplacen en algo el hogar que se deja, resulta duro.

Sin embargo, algo de eso tuve también, afortunadamente. Fue gracias a un compañero de trabajo que me cayó en suerte. Joven, impetuoso, cordial, violento, soñador y desesperado, todo a un mismo tiempo. Simpatizó conmigo y me ayudó fraternalmente a iniciar aquel duro tramo de mi vida. De esa amistad, que por desgracia duró poco, les daré noticias dentro de un rato, al leerles un cuento en que he tratado de fijar el paso de aquella vida ardiente por mi existencia de muchacho en trance de aprender a vivir.

Poco tiempo permanecí en el almacén. De allí pasé a la cigarrería y librería que don Pascual Mazzini tenía en la calle 9 de Julio. El cambio fue grande: otro ambiente, otra gente. Con toda el alma he agradecido muchas veces a aquella familia la forma cordial en que me trató. Y después, allí había libros, más aún: había un anexo de casa de pianos y música. Ah, las lecturas más o menos furtivas de tantos libros increíbles, libros que había que leer ingeniándose para hacerlo casi sin cortarles las hojas, porque estaban en venta. Así pasé por Salgari, Julio Verne, Gastón Lerroux, Conan Doyle, Felipe Trigo y qué sé yo quienes más, para ir luego al encuentro estremecedor de Zola, de Gorki, de Galdós...

Tanta era mi avidez de lectura, mi deseo de conocer, que arremetí una vez contra un libro en italiano, idioma desconocido para mí. Lo recuerdo siempre: "Un giorno d'Ira", de Giuseppe Giocca. Trataba de la sublevación de los sicilianos contra los dominadores franceses de entonces. Luchaba yo como un demonio con ese idioma que, pariente y todo, no se dejaba conquistar así nomás; pero tenía la ayuda de un profesor de italiano: cada vez que llegaba a comprar su cigarro habitual, me daba algunas explicaciones. Su expresión denotaba la extrañeza que le causaba ese muchacho que, tras un mostrador, se empeñaba en aprender lo que sus alumnos no querían escuchar siquiera.

Y, por las tardes, el anexo de pianos y música; como si dijéramos la parte artística y refinada de mi trabajo. Muy compuesto, y con un jopo prolijamente peinado, me instalaba yo tras el mostrador. Aguardaba... qué? Yo sabía bien lo que aguardaba. Pronto llegaban las niñas, las alumnas de los inefables conservatorios de todos los pueblos; jovencitas que hacían sus primeras armas de coquetería apenas poco más que instintiva. Con un aire de inocencia, visiblemente fingido para mayor eficacia, tras una lánguida caída de ojos: "Mi Corazón te Pertenece", "Sin ti no puedo vivir", "Nuestro amor será eterno"... Estas frases incendiarias, que me dejaban tartamudo, no eran la expresión de una incontenible pasión inspirada por mi persona, ay, no! Eran solamente los nombres de los románticos valeses de aquella época alegre y confiada.

Tuve por entonces una revelación para mí maravillosa: la del teatro. Qué teatro habrá sido? Me es difícil decirlo con precisión, pero había de todo: sainetes, zarzuelas, operetas, dramas tremebundos ("Los amantes de Teruel", "La mancha que limpia"...); y también los nuestros: "Piedra de escándalo", "Barranca abajo", "M'hijo el Doctor". Las obras menores se daban en los cafés, por la consumición, y las de mayor fuste generalmente en el teatro Cervantes. Y luego, la ópera. Sí, la ópera, que fue para mí, debo decirlo sinceramente, una revelación entre asombrosa y decepcionante: ya entonces me chocaba la dificultad de fusión entre el drama, la música, el canto y el ballet. Permítanme traer aquí el recuerdo de uno de esos episodios en que la realidad hace sus juegos humorísticos. Había asistido yo por la noche a la representación de La Tosca; al día siguiente, todavía con la vibración de la romántica música de Puccini en el espíritu, veo entrar en la cigarrería... a quién? Al tenor en persona – bastante petiso por cierto –, que iba a comprar un cigarro. Y entonces, como la cosa más natural del mundo, a ese hombre que la noche anterior me había emocionado cantando su angustia de morir amando la vida, en la famosa romanza de Tosca, le vendí un toscano.

Todo aquello estaba bien posiblemente, pero algo me decía que por allí no pasaba el camino de mi porvenir. Llegué a sentir que el mostrador se alzaba ante mí como una tremenda barrera. Y decidí saltar ese obstáculo. De acuerdo con mis padres, volví a Vela, a la escolita franco-argentina de Monsieur Reboux, para preparar el ingreso a la Escuela Industrial de la Nación. Así comenzó un nuevo período de mi vida, al que desde luego no me referiré aquí.

Mi experiencia tandilense había terminado. Qué llevaba yo de aquí? Muchos recuerdos imborrables, sobretodo de paseos solitarios por las sierras. Cierta día para ver la puesta o la salida del sol desde el Cerro de las Ánimas, otro para contemplar las serranías a la luz de la luna; alguna tarde estival para seguir el desarrollo de una tormenta, y volver bajo una lluvia torrencial; cierta mañana gris, para ver cómo iban emergiendo las cumbres de los cerros de las algodonosas capas de niebla. Y guardar de todo eso una impresión inolvidable, lo mismo que de ciertos festejos hechos con largueza no exenta de pompa, como la celebración de los memorables carnavales de entonces y las fiestas del Centenario. A estas últimas recuerdo siempre que se asoció el cielo mismo con el maravilloso espectáculo del cometa Halley.

Termino estos recuerdos volviendo al comienzo, a mis visitas a esta Biblioteca. Aquí encontré el ambiente propicio a la lectura proficua, y también la solícita simpatía de algunas personas mayores, sus valiosos consejos. Recuerdo particularmente al Escribano don José Cabral, que supo hablarme con cordialidad y llaneza; le interesaba tal vez en mí el muchacho que buscaba el ambiente de una biblioteca antes que el de las salas de billar. Siempre recuerdo que no compré El Tesoro de la Juventud porque él me había dicho que no era más que una colección de fragmentos de obras valiosas.

Como último recuerdo, el de uno de los libros que aquí leía y que jamás olvidaré: "La Isla de los Pingüinos" de Anatole France. Fue tremenda la impresión que en mi desprevenida mente juvenil produjo su escepticismo cáustico, su sonriente pesimismo. Pero reaccioné defensivamente. Ha habido siempre en mí una especie de optimismo vital, de instinto de conservación espiritual, diré, que me hace rechazar la negación pesimista. He creído siempre en la vida, en el triunfo del bien, de la verdad, de la justicia; he creído siempre en la bondad fundamental del hombre, y en la posibilidad que cada uno de nosotros tiene de vivir una vida digna. Con ese bagaje inicié mi camino y así lo voy recorriendo a lo largo del tiempo.